

*Libropesía y  
otras adicciones*

*Libropesía y  
otras adicciones*  
VV. AA.

---

Prólogo de Alberto Manguel

*Singular* **S**

# PRÓLOGO

## ¿Por qué leer?

*Leer para vivir*

GUSTAVE FLAUBERT

**E**n el penúltimo capítulo de *Eugene Onegin*, la enamorada Tatiana visita la casa de campo del héroe, ausente después de su fatal duelo con Lensky. Tatiana recorre la biblioteca de su amado y, llorando a cántaros, hojea sus libros en busca de «la verdadera personalidad» de ese hombre al parecer tan frío e insensible. En las notas al margen de los libros, en cierta palabra críptica, en una cruz o en un punto de interrogación, Tatiana cree descubrir la escurridiza imagen del verdadero Onegin, de Onegin en sus propias lecturas. Porque Tatiana sabe que, para cada lector, su biblioteca es una suerte de autobiografía.

Cada lector se refleja en sus lecturas en dos sentidos. Primero, porque la elección de los títulos y el orden en el que se encuentran revelan la lógica y estética del lector. Segundo, porque las páginas obviamente leídas, marcadas con señales y observaciones, apuntan pasajes en los que ese lector ha sentido

su propia voz, sus propias alegrías y temores, descubiertos y puestos en palabras. Una biblioteca (es decir, los libros que la componen) no es meramente un almacén o un depósito de volúmenes: es una criatura viva, cambiante, poderosa, nacida para dar sentido al mundo.

Darwin nos ha enseñado que cada ser vive en el mundo según sus capacidades de reconocimiento y adaptación. El ser humano, a diferencia de otros, es consciente de vivir en este mundo y, para mejor recorrerlo, conocerlo y sobrevivir a sus peligros, ha desarrollado la capacidad de imaginarlo, de reconstruirlo, para sufrir sus experiencias en la mente antes de sufrirlas en carne propia. Leemos el libro del mundo como si cada uno de sus elementos nos contase una historia, y fabricamos cuentos para saber cómo son el amor, la muerte, el bienestar, la desdicha, en muchos casos aún antes de que ocurran. Un lector de *Moby Dick* o de *El castillo* sabe que no toda búsqueda debe alcanzar su meta para triunfar; un lector de *Germinal* o de *Don Quijote* entiende que un desenlace trágico no desmerece una empresa justa; un lector de la *Ilíada* o de *Soldados de Salamina* entiende que la suerte del enemigo y la suya propia, pueden —quizás deben— confundirse. Sin las fáciles soluciones de un catequismo o de un dogma, la lectura literaria nos ayuda a conocer el mundo.

Curiosamente, desconfiamos de tal enseñanza y preferimos creer en la realidad de símbolos sin contenido. Los números que recorren, como en el sueño de un matemático hechizado, los tableros de la bolsa de comercio y de las agencias financieras —números que se supone son la encarnación de colosales

sumas de dinero virtual, nunca visto ni manipulado— tienen mayor peso y fuerza en nuestra imaginación colectiva que las personas y hazañas concretamente simbólicas, arraigadas en ancestrales conocimientos e intuiciones, como la figura de Ulises y la eterna Guerra de Troya.

Recientes estudios han revelado que los jóvenes de hoy reconocen unos 10.000 nombres de productos comerciales, mientras que los vocabularios mitológicos, literarios y artísticos les son casi por entero desconocidos. Las grandes maquinarias económicas y financieras que rigen nuestras sociedades prefieren enseñar esos vocabularios de propaganda comercial y hacernos olvidar los otros, inquietantes y profundos, que podrían llevar a la reflexión y al rechazo de valores mercantiles. La sociedad de consumo no tolera lectores, verdaderos lectores: quiere solamente biblio-diletantes, consumidores de papilla, personas convencidas de que no son lo suficientemente inteligentes para leer la literatura llamada «seria».

Obviamente no es así. Todos somos capaces de ser lectores, en el sentido más amplio de la palabra. Todos somos capaces de reconocer, en las palabras forjadas por escritores de genio, nuestros avatares y nuestros sueños; de encontrar, en un texto ajeno, esa biografía que buscaba Tatiana en los libros de su amado ausente.

Todo lector, por lo general de niño, hace un descubrimiento fundamental: que el lobo que amenaza a Caperucita es y no es una bestia feroz y real; que Caperucita es y no es el mismo lector, que la sigue a través de la página; que el leñador que rescata a la niña es y no es una promesa de redención y epifanía. Ese

## LIBROPESÍA

entendimiento doble del mundo; ese descubrimiento de que la inteligencia y la imaginación de cada uno de nosotros son los instrumentos más exactos para desentrañar el misterio que nos rodea; esa revelación que nos es dada a través de palabras que narran una historia inventada, pero que sabemos nuestra, concreta y verdadera; eso es algo que sólo los libros, mágicamente, pueden darnos. Aceptar o no ese don depende de nosotros, como depende de nosotros morir ahogados en la estupidez que nos acecha o sobrevivir iluminados en el mundo.

Los textos reunidos en este volumen, compuestos en épocas y situaciones diferentes, ejemplifican la universalidad del acto literario y, sobre todo, la vasta y multifacética identidad del lector quien, creyéndose solo frente a la página, forma sin embargo parte de un inmenso ejército de lectores, que a través de los siglos van construyendo, generación tras generación, la inagotable y fluida realidad de cada libro.

ALBERTO MANGUEL

Mondion, octubre 2009

# PREFACIO

## A quien leyere

**E**ste libro es sólo una guirnalda de bienvenida. Un ramillete de textos, sin pretensiones de gran antología y con mucho de florilegio. Una ofrenda en forma de libro para los amantes y los enfermos del libro sin más. Para quienes gozan de su tacto, de su aroma y de sus formatos. Para quienes leen más allá de las palabras, pero leen también las palabras. Este libro es un canto a la rareza del mundo de los libros y a las locuras lúcidas, tiernas o tristes, que emanan de su libertad y de la de quienes los pueblan.

Creemos que las cubiertas de un libro no son las paredes de una celda en las que deba encerrarse el lector hasta cumplir con la pena de su lectura. Tampoco las presas de un pantano en el que estancar y dejar pudrir maliciosamente y con mirada académica las aguas del texto. En ese palacio de espejos casi infinito de la literatura, existen puertas en cartón y en rústica, en tela y en piel, en folio y en octavo menor, y cada una de ellas promete siempre una nueva estancia, un nuevo leer, una nueva ventana hacia territorios ignotos o hacia viejos paisajes.

Decimos, con Virginia Woolf, que lo importante es que el lector sea autónomo en sus andares, que se sienta absolutamente libre mientras transita por esa intimidad inquebrantable que sólo se encuentra en la palabra escrita. Pues el libro es interlocutor: no sólo dice; sobre todo escucha. Nada puede ser, en la intimidad o en la plaza pública, si no se le da vida. Como un disfraz que no viste nadie, el libro, sin mentes críticas que lo transiten, queda mustio y desolado.

Así pues, lector, toma este, un (otro) libro, que aspira a lograrse en tus manos con vocación de trampolín hacia otros papeles. Porque hay un círculo vicioso. Quizá este libro llame a otro libro, que a su vez te llevará a otro libro, que te abrirá una portezuela en el cerebro y te conducirá a otro más, y a otro, y... ¡a otro! Bibliómano, letraherido, habrás enfermado ya de libropesía.

Pero el papel, como el saber, ocupa lugar y arde muy fácilmente. Esa vulnerabilidad de lo escrito ha posibilitado que a lo largo de la historia se destruyeran bibliotecas, se trazaran diversos *Index Librorum Prohibitorum* y se generaran organismos de toda clase destinados a la mutilación y erradicación de textos peligrosos para el statu quo. Existen, por suerte, algunos ejemplares que han sobrevivido a esas dificultades y torturas. Las más de las veces gracias al cuidado extremo que le han prestado esos enfermos de libropesía. Ellos los habrán recogido, desempolvado, quizás leído y, con suerte, copiado, para preservarlos de los estragos del tiempo. Son libros silenciosos, que reposan en lenguas o lugares desconocidos, a veces mucho más cerca de lo que creemos: enterrados en las arenas del de-

## PREFACIO

sierto, olvidados en los cajones de sastre, eclipsados por los cánones literarios o, simplemente, criando malvas en los estantes de los abuelos.

Hemos recogido en este florilegio de aromas dispares algunos de estos papeles, para ofrecértelos lector, hermano y semejante, sin más intención de que te sean agradables.

MARÇAL FONT I ESPÍ

MARÍA HERNÁNDEZ Y FERNÁNDEZ

JÚLIA IBARZ

## Índice

<i>Prólogo</i> , por ALBERTO MANGUEL .....	7
<i>Prefacio</i> .....	13
Contra el ignorante que compraba	
muchos libros, LUCIANO DE SAMOSATA .....	19
La fuente del Potrillo, NICCOLÒ FRANCO .....	41
Dos sonetos, FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS .....	61
Bibliomanía, GUSTAVE FLAUBERT .....	69
La Biblioteca Universal, KURD LAßWITZ .....	91
Bibliotecas vivas, LEOPOLDO LUGONES .....	111
¿Cómo hay que leer un libro?, VIRGINIA WOOLF .....	123
<i>Notas</i> .....	145